

ANÁLISIS DE LA REALIDAD ESPAÑOLA DESDE EL ÁMBITO SOCIO-RELIGIOSO

Prof. Pedro José Gómez Serrano

Aula de estudios sobre la religión

XXX Curso de Teología

11 de febrero de 2014

No sabemos qué nos pasa y eso es, precisamente, lo que nos pasa (José Ortega y Gasset)

Agradezco la invitación que me han hecho para hablar sobre la situación socio-religiosa en España, y también a vds. por estar aquí para compartir este rato. Además, me alegra mucho estar aquí, porque me gusta esta ciudad donde tengo amigos, familia y confío en que pasemos un rato agradable.

Empezamos recordando esa famosísima frase de José Ortega y Gasset “*No sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa*”. Para aquellos que somos creyentes e intentamos analizar la realidad, este primer sentimiento de desconcierto es quizás el más obvio; ¿qué ha ocurrido, tan profundamente y en tan poco tiempo, en el ámbito de la experiencia religiosa dentro de nuestro país? No sé si José Ortega y Gasset tendría más claro lo que pasa, si viviera ahora, pero me temo que pensaría más profundamente la misma idea: que vivimos persiguiendo la realidad y que cuando intentamos comprenderla o captarla en sus claves fundamentales se nos escapa y vuelve a cambiar.

Voy a seguir el mismo esquema que utilizo con frecuencia cuando me piden hacer este tipo de radiografías y que tiene lenguaje médico: síntomas de la situación, diagnósticos, tratamiento y pronóstico. En estos cuatro momentos resumiré mi intervención.

1. SÍNTOMAS: EL VERDADERO "CAMBIO CLIMÁTICO"

- *Tal como éramos*

Comienzo leyendo un texto de un trabajo interesantísimo de una monja contemplativa norteamericana, Joan Chittister, que en su libro, “*Tal como éramos*” arranca de una manera que, por cierto, invita a leer el resto del libro:

No hace tanto tiempo costaba cinco días enviar una carta; la gente iba a la escuela, compraba una casa si podía, en la misma ciudad donde había nacido. Comer carne el viernes era pecado mortal. Los católicos y los protestantes no se casaban entre sí, ni había mujeres en el Congreso Norteamericano. Casi nadie de los que conocías viajaba fuera del país y Dios era, incuestionablemente, un varón parecido a un abuelo. El universo era un enorme reloj newtoniano, la vida era la que podíamos ver al mirarla, y la verdad discernible e inmutable. De pronto, incluso las abuelas estaban utilizando ordenadores, enviando mails a los amigos; hombres y mujeres abandonaban las pequeñas ciudades y se ponían en camino a las megápolis, a los grandes empleos, a los grandes edificios de muchos pisos y a las zonas residenciales. Las mujeres accedían a las licenciaturas; los católicos se casaban con hindúes o protestantes, e incluso alguna mujer se presentaba a Vicepresidenta de EEUU. Los estudiantes iban a Roma de viaje de estudios con la misma facilidad con la que antes se divertían en los parques. Alguien inventó la bomba que

amenazaba aniquilar el mapa. El reloj newtoniano no estaba tan en orden como se pensaba y Dios se convirtió de nuevo en espíritu.

No se puede decir mejor. Este cambio no se ha producido en uno o dos milenios, sino al que hemos asistido todos los que estamos aquí. Tal como éramos hace nada, tal como somos ahora.

En el caso español, no sé si la mutación, el “cambio climático”, esta especie de ciclogénesis o temporales que han afectado incluso mi llegada, con dos intentos de aterrizaje por los vientos, y el calentamiento global tienen la dimensión y la velocidad que ha tenido el cambio religioso en nuestro país.

- *Del concilio a la actualidad*

Tenemos la suerte de que existan estadísticas sobre cómo eran los jóvenes españoles en materia religiosa en el año 60 y tenemos también estudios sociológicos sobre qué opinaban en el año 2010; aproximadamente cincuenta años de vida. En ese periodo de tiempo las cosas han cambiado radicalmente.

Por situarnos en el año 60, cuando preguntaban a los jóvenes cómo eran, ya no sólo las respuestas eran significativas, sino las mismas preguntas porque, a la hora de autopoisionarse en materia religiosa, se les daba a los jóvenes españoles cuatro alternativas:

1- En primer lugar podían denominarse, y esto lo dice todo, como “fervientes”; no sé aquí en Santander pero si yo pregunto en mi barrio si es “ferviente”, primero tengo que hacer una aclaración de la terminología. Pues bien, “fervientes” eran en el año 60 el 7% de los varones jóvenes y el 17% de las mujeres jóvenes.

2- Peor era la segunda categoría en la que uno podía encuadrarse, que era la de “normales”. Ya veremos que eran algunos “normales” muy “anormales” desde nuestra perspectiva, pero eran “normales” el 69% de los varones y el 74% de las mujeres.

3- La tercera alternativa también era dura de pelar porque le preguntaban a uno si era “tibio”; ahora, que hay analfabetismo religioso, esto no se entiende como insulto, pero para los que sabían algo, lo de ser “tibios” no estaba bien visto en el Evangelio. El 16% de los chicos y el 6% de las chicas se autocalificaban como “tibios” en materia religiosa.

4- Por último quedaba la categoría de “no practicantes”, a la que pertenecían el 7% de los varones y ninguna mujer; es decir, no había un 1% de mujeres en el año 60 que se encuadraran en el “no practicantes”.

Puede que en aquel momento, para que veamos lo que era ese “normal”, cuando a las personas les preguntaban estas cosas añadían una sobre la práctica de los sacramentos, en particular sobre la asistencia a la Eucaristía, y nuevamente las categorías son impresionantes:

- Por una parte, declaraban “no faltar ningún domingo o fiesta a la misa” el 71% de las chicas y el 40% de los jóvenes... ninguna falta en todo el año.

- Lo más llamativo no es esto, sino que, aquellos que faltaban una vez al más, se les denominaba “practicantes ocasionales”. Si yo, en mi barrio, llamo “practicante ocasional” a un joven con esta práctica mensual, me apedrean directamente. En la parroquia lo meterían en una urna y lo convertirían en uno de los referentes pastorales...

- Si alguien faltaba varias veces al año, era calificado, en aquellas encuestas, como “practicante rutinario”. Solo la terminología habla de otro planeta..., de otra situación.

Hace poco, en el año 2010, la Fundación SM hizo pública una encuesta paralela, dirigida a los jóvenes españoles actuales, los cuales decían lo siguiente:

- Creían en Dios, el 52,8%, pero es llamativo que el 53,5 se declaraban católicos, por lo cual había un 1% de católicos que no creían en Dios...

- Pensaban que influía la religión en sus vidas, el 27%. Confiaban en la Iglesia el 23%. Asistían mensualmente a la Eucaristía el 5% y aproximadamente el 7% participaban semanalmente.

- Y, lo más desolador, solamente el 3,3% de los jóvenes españoles pensaba que en la Iglesia se decían cosas importantes para la vida. Es un dato verdaderamente desolador porque ¿qué otra cosa puede significar la fe o el Evangelio, sino una fuerza y una luz para vivir? Algo que afecta al mismo centro de la existencia, y que puede configurar la orientación misma de la vida... Cuando solo el 3% piensa que se dicen cosas importantes para la vida en la Iglesia, quiere decir que, incluso los pocos que se aproximan a ella, van buscando otra cosa, tienen otros intereses, otro horizonte.

- *El divorcio asimétrico*

Esta expresión se la debemos a Javier Elzo, el sociólogo del país vasco. Y así es como podemos llamar a esta situación que acabo de presentar.

“Divorcio” porque se ha producido una ruptura progresiva y creciente entre buena parte de la sociedad española -luego insistiré en otro dato que no tiene solo que ver con extensión sino con la profundidad- y la experiencia religiosa de nuestros contemporáneos, en particular la Iglesia como Institución que la vehicula y alimenta.

Pero el divorcio es “asimétrico” porque no es querido por ambas partes. Mientras la Iglesia “lanza los tejos” a los jóvenes, intentando dirigirse y convocar a las nuevas generaciones, no parece que los jóvenes consideren muy atractiva a esta pretendiente y más bien se alejan o se distancian de ella.

- *Un comprensible desconcierto*

Desconcierto en los agentes de pastoral, en la Iglesia en general... desconcierto en muchas familias... ¡Cuántos padres suelen decir más o menos lo siguiente: “Hemos tenido unos hijos estupendos, generosos, solidarios, pero de esto de la fe no quieren saber nada”! Hasta tal punto que yo tuve una experiencia personal en la que me pidieron que fuera a dar una charla y cuando pregunté cuál era el título de la misma, quienes me la pedían, que era un colectivo de catequistas y animadoras de la Liturgia –todas eran mujeres- de un barrio de Leganés, con cierto rubor y temor, el organizador que se había dirigido a mí me dijo: “Bueno... el tema lo han elegido ellas”. Ante mi insistencia me dijo que el tema de la charla era: “¿Qué hemos hecho mal para que se vayan todos?” Fijaos lo que esto expresa, por parte de personas que se han dejado la ilusión y la vida en la comunicación de la experiencia religiosa, esa especie de impotencia o decepción que produce esa frase: “¿Qué hemos hecho mal para que se vayan todos?”. A punto estuve de ir con un kilo de Kleenex y no dar la charla, sino consolar a las personas que habían asistido; pero en realidad, a mí también me produjo cierta ternura... ¿Qué está pasando? ¿Qué desconcierto se produce precisamente en personas que están en contacto directo con las nuevas generaciones?

Hemos asistido, por tanto, a una “ciclogénesis” o un “cambio climático” profundísimo, en lo que se refiere a la experiencia religiosa, precisamente en un país que hace pocas décadas

se consideraba inmune a los cambios que se producían en Europa, y reserva espiritual de Occidente. Vamos a ver el porqué y cuáles son las causas que explican esto.

2. DIAGNÓSTICOS: LOS GASES DEL "EFECTO INVERNADERO"

Obviamente es imposible, en una exposición tan breve, dar una cuenta exhaustiva y profunda de causas complejas. Pero intentaremos aproximarnos un poco a ese complejo conjunto o constelación de problemas.

- *Dos interpretaciones: los culpables y los motivos*

En primer lugar, hay que ver que en la Iglesia ha habido dos maneras de enfrentarse a este hecho: unos andan buscando culpables y otros andan buscando motivos.

Los culpables pueden ser muchos; se pueden buscar fuera del entorno de la comunidad cristiana: los medios de comunicación que nos ridiculizan, grupos ideológicos y filosóficos anticlericales, o partidos políticos, poco sensibles con la sensibilidad religiosa, etc.

Por otra parte, los culpables pueden también buscarse dentro: grupos críticos dentro de la Iglesia, una teología excesivamente renovada, falta de espíritu de comunión, grupos que organizan Iglesia paralela o grupos de base. Y, a su vez, los grupos de base pueden buscar la responsabilidad en la Jerarquía, en los responsables de la Iglesia, que van lentos, que tienen posturas desfasadas o anacrónicas, que no aciertan a sintonizar con las nuevas generaciones.

- *Mi propia interpretación del cambio*

Digamos que hay una manera de entender esto según la cual, lo que está ocurriendo tiene unos culpables y unas voluntades. Yo no comparto esta opinión sino que creo que, más que buscar culpables, conviene buscar motivos porque mi interpretación de los hechos, al menos, se basa en que lo que ha ocurrido es una transformación radical de la sociedad española desde el punto de vista político, económico, cultural, tecnológico... que ha hecho que la experiencia religiosa, firmemente anclada en una sociedad que ya ha pasado, no haga pie, no encuentre raíces, motivos, razones o puntos de partida para continuar viviéndose ni para vivirse de un modo dinámico, creativo, propositivo.

Por tanto, no son individuos, personas o grupos los culpables de esta situación, sino que son circunstancias que se han producido al margen de la voluntad particular de nadie pero que han conducido a una desimplantación de la fe, a un descoloque de la experiencia religiosa y, en todo caso, podemos decir que quienes participamos de esa experiencia no hemos sido capaces de acompañar a la historia en su evolución, no hemos sido capaces de caminar juntos, y ese desfase tiene graves consecuencias.

- *El sabio consejo de Spinoza*

Por eso, ante una situación como ésta, que sin duda desconcierta, no está mal recordar una frase del filósofo Spinoza quien aconsejaba, cuando las cosas desconcertaban o no terminaban de encajar... *ni reír cuando las cosas van bien, ni llorar cuando van mal, ni detestar, sino comprender*. No se trata de descalificar ni de, buscar enemigos sino que, a mi modo de ver, se trata de comprender.

- *Las seis crisis básicas a las que nos enfrentamos*

Buscando algo de comprensión, creo que asistimos a seis crisis, obstáculos o dificultades para vivir de un modo natural la experiencia cristiana en una sociedad como la nuestra, en

un clima como el que compartimos. Se podrían añadir o resumir pero yo creo que hay seis desafíos que voy a ir señalando rápidamente y que son de poca discusión; su alcance, su causa sí, pero el hecho, el fenómeno, no tanto.

1- Lo primero y más radical es lo que el teólogo Juan Bautista Metz, discípulo de Rahner, ha calificado como **“crisis de Dios”**, que se da especialmente en Europa, no tanto en otros continentes, ni siquiera en EEUU. La “crisis de Dios” consiste en vivir, configurar la propia vida, no solo al margen de Dios, sino sin echarle de menos de ninguna manera; no viviendo esta realidad como pérdida, menos aún como tragedia, sino como un hecho natural, fáctico, que no admite discusión. Con su enorme lucidez, el teólogo y cardenal Walter Kasper lo decía así:

En Europa no parece haber sitio ya para Dios. No debemos dejarnos engañar por grandes actos como las visitas papales, las jornadas mundiales de la juventud, los encuentros de Taizé y similares. Estos actos muestran que, en nuestra sociedad, todavía hay muchas personas, también jóvenes, que se dejan interpelar, que preguntan con franqueza, que buscan... pero, por grato que sea el gran número de personas que se congregan en estos eventos, tales concentraciones no reflejan la realidad diaria de la Iglesia. Debemos habituarnos a la idea de que, en la actualidad, una época toca ya a su fin.

Se puede decir más fuerte pero no más claro.

¿Por qué se ha producido esta “crisis de Dios”? El fenómeno es sumamente complejo; naturalmente la crisis no es de Dios en sí mismo, sino del ser humano, su búsqueda, su ser, su interrogarse por Dios. Incluso personas no creyentes, como Ortega y Gasset, decían: “Yo no tengo experiencia religiosa pero me sorprende de aquellas personas que prescinden de la cuestión religiosa”.

Detrás de esto puede estar la extensión de la mentalidad científica, la difuminación, con menos intensidad pero con mucha profundidad, del pensamiento nihilista... Puede haber distintas causas, probablemente potenciadas o reforzadas por dos:

- Una de ellas, la tendencia de la cultura actual a que las personas vivan en la superficie, en la evasión, en la velocidad, intenten preocuparse de lo cotidiano... o, como diría Mafalda: “que lo urgente no deje tiempo para lo importante”. Vivimos en una cultura de “la gran evasión” y tenemos mecanismos potentísimos para estar enredados en lo cotidiano, sin buscar el fundamento, el horizonte, la raíz, la base, el sentido de lo que hacemos.

- A este fenómeno de la evasión se une de modo indudable, a mi modo de ver, la cultura del bienestar, del consumo, como sucedáneo religioso. Dicho de otra manera, para muchas personas, el bienestar material, el disfrutar de la vida, el situarse económicamente, el confort o el nivel de vida constituyen el horizonte vital, lo que les mueve cada mañana, donde ponen las esperanzas y las ilusiones, aquello que les motiva, que les da esperanza donde creen que encontrarán una alegría mayor.

De todos modos, yo creo que, desde una perspectiva religiosa, la sociedad de consumo funciona como las chucherías es decir, por una parte quitan el hambre, son muy atractivas, son baratas, están publicitadas, tienen potenciadores del aroma, del sabor, del color... tienen colorantes, pero no se sabe cuál es la materia prima central; ¿colorante, de qué?, ¿conservante, de qué?, ¿potenciador del aroma, de qué? La sustancia básica no la sabemos muy bien pero el efecto de las chucherías, como saben todos los que han tenido niños, es que quitan el hambre y alimentan mal.

Desde la perspectiva espiritual o existencial, esta combinación de cultura de la evasión, del entretenimiento, unida a unas expectativas desmesuradas del bienestar y el consumo, hace que, precisamente, la búsqueda más profunda de fundamento pueda quedar orillada, sin, por otra parte, mucha tragedia personal.

Es cierto que, al mismo tiempo emergen otras formas de ver la vida en la que la experiencia religiosa puede quedar arrinconada.

Esta es, en mi opinión, la principal crisis que afecta a la fe y, muchas veces, hemos subrayado que las dificultades vienen de otros ámbitos, eclesiales, de organización, de lenguaje... pero yo creo que no tienen la raíz, el alcance, la profundidad, de esta primera.

2- En segundo lugar diría que hay **crisis de comunidad, o de fraternidad**. Otro elemento obvio de la experiencia cristiana, además de la confianza de que estamos en buenas manos y que nos rodea y vivimos en una fuente de amor que nos acompaña y nos sostiene –la fe en Dios, naturalmente- es la experiencia de la comunidad y la fraternidad.

También la fraternidad está amenazada; lo comunitario, lo colectivo, lo asociativo, tiene ahora más dificultades que en el pasado. El famoso sociólogo Zygmunt Bauman, en uno de sus muy conocidos libros, “Amor líquido”, describe así las relaciones sociales dominantes en nuestra cultura:

Nuestros contemporáneos, desesperados al sentirse fácilmente descartable y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar al mismo tiempo en los malos momentos, es decir, desesperados por “relacionarse”. Pero desconfían al mismo tiempo del “estar relacionados” y particularmente de estar relacionados “para siempre”; por no hablar de “eternamente”, porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar, y que pueden limitar severamente la libertad que necesitan –sí, usted lo ha adivinado- para relacionarse con otros.

Bauman dice que, en la época de la globalización, no digamos en la época de la crisis, cada individuo nos sentimos pequeños, frágiles, con convicciones tambaleantes, con consistencia dudosa y, por lo tanto, tenemos mucha necesidad de los demás. Necesidad afectiva, de cariño, necesidad de pertenencia para no estar solos, necesidad muchas veces de ayuda real y material. Por lo tanto, necesitamos relacionarnos pero, al mismo tiempo, la cultura que respiramos convierte ese deseo en muy caro, en muy difícil, y mucha gente no está dispuesta a pagar la factura. Por eso, los *items* de la factura que él señala:

- La pérdida de libertad de las personas cuando se vinculan a otras -vivir en pareja, en colectivo, etc.-.

- A esto habría que añadir la carga de reciprocidad que tiene todo lo colectivo; yo no puedo aspirar a que me quieran, me acompañen, me comprendan, me escuchen... y no hacer algo también por los demás en este mismo sentido, aunque no sea cuantificando pero la reciprocidad forma parte de lo fraterno.

- También está el tema del conflicto; cualquier cosa que se hace con otros, inherentemente conlleva dificultades, conflicto, disciplina y muchas personas prefieren lo de “más vale solo que mal acompañado...”

Por lo tanto, en lo fraterno hay dificultades.

3. Hay también una **crisis de Evangelio**. Si el núcleo fundamental del Evangelio es considerar el acierto en la vida, cuando ésta se concibe como entrega, como “ser para los

demás”, cualquiera que, inocentemente lea los Evangelios se da cuenta de que la propuesta de Jesús sobre cómo acertar en la vida consiste en que “vivir es desvivirse”, que “acertar en la vida es entregarla”, es “no reservarse”. En definitiva, no considerarse uno mismo el centro del mundo y de la historia, sino saberse referido a los demás y a quienes nos necesiten.

Ahora bien, concebir la vida como entrega, entra en contraste radical con otro rasgo de la cultura actual que es el “individualismo posesivo”, o el “narcisismo”... como cada cual quiera llamarlo. Una sociedad que nos convierte en “el centro del mundo” y que convierte la vida en ese tiempo en el que nos dedicamos a responder a las necesidades que tenemos, una sociedad que alimenta eso, no puede concebir, mucho menos como buena noticia, la vida entendida como entrega, como donación. Todo lo contrario, más bien estamos en una psicología en la que, ya no es que las cosas estén para satisfacer nuestras necesidades sino que, muchas veces, también lo están las personas que nos rodean y los colectivos, como si hubieran sido creados para nosotros.

4. El cuarto desafío lo podríamos denominar: **el desajuste cultural del mensaje cristiano.**

Yo suelo repetir muchas veces dos imágenes que me ahorran muchas explicaciones. La tragedia de la Iglesia que quiere transmitir la fe a las nuevas generaciones, es que, los que estamos intentando hacerlo, somos del “Cuéntame cómo pasó”; los destinatarios de nuestras actividades son los de “El Internado”, “El Barco”, “Sin tetas no hay paraíso”, “Física o Química”...; y algunos de nuestros responsables parecen creer que estamos en “Crónicas de un pueblo”, “Amar en tiempos revueltos” o “Amar es para siempre”... Cualquiera que tenga TV en casa, entiende lo que acabo de decir. Cuando unos oyen “Ave María”, otros imaginan, “Cuándo serás mía...” y otros “Sin pecado concebida”... Incluso cuando utilizamos las mismas palabras, apelan a significados y experiencias tan diversas que aquí se produce un desajuste fundamental. La fe, que estaba encarnada, expresada y vivida en determinadas categorías, no hemos sido capaces de seguir expresándola en categorías nuevas. Por tanto, conforme caducan las categorías del lenguaje y el mensaje, puede perderse la posibilidad de acceder a la experiencia. No hay ninguna experiencia humana que pueda sobrevivir si no es encarnada en la cultura de cada momento. El anacronismo es una forma de enfermedad grave que también aqueja a cuestiones como la religión.

5. El quinto, en el cual no me entretengo, sería **la imagen de la Iglesia** y algunos de sus escándalos. En la medida en que esto sale en los telediarios, me ahorro más explicaciones.

6. La sexta dificultad es, de alguna manera, **el desánimo o la pérdida de vitalidad** de las propias comunidades cristianas y de sus miembros. Precisamente en ese sentido, uno de los responsables del Consejo Pontificio para la Cultura, del Vaticano, Gianfranco Ravasi, llegaba a decir:

Es importante el diálogo con los ateos convencidos, pues como decía el escritor italiano Gesualdo Bufalino, sólo en los auténticos ateos sobrevive la pasión por lo divino, mientras que Pierre Reverdy escribía que hay ateos feroces que tienen más interés por Dios que los creyentes.

Efectivamente, porque la cuestión no es solo creer o no creer, sino la intensidad con la que esa experiencia todavía se produce. Por eso, el hecho de que al 70% de los españoles se autocalifiquen como “cristianos” dice poco cuando, en buena parte de los que así se definen, el “ser cristiano” no constituye ni una experiencia personal intensa, ni una fuerza capaz de configurar un género de vida distinto.

Por tanto, una cosa es lo que uno dice que es y otra cosa es lo que le ocurre... porque, repito, la autodefinición no dice los *kilopondios* con los que uno cree, o los *newton* o la *fuerza*; en realidad, esta debilidad misma de los propios cristianos es verdaderamente otro de los problemas.

Walter Kasper, en el texto que he citado antes, *ante el hecho de que no parece haber sitio para Dios en Europa*, añadía:

No podemos buscar las causas solo, ni tampoco en primer lugar, en los otros; los cristianos nos hemos debilitado; nosotros mismos somos el problema, no los musulmanes.

Es un cardenal muy inteligente y estoy totalmente de acuerdo con él. Lo he puesto al final, para no cargar nosotros con la culpa, pero es un factor fundamental porque la fe, como la gripe o la viruela, se transmite por contagio, y el que no está contagiado no puede contagiar. Por lo tanto, la virulencia con la que experimentamos esto de la fe tiene muchísimo que ver con nuestra capacidad de comunicarla, de contarla, etc.

Ante este diagnóstico que no ha buscado culpables sino que identifica causas, dentro de las cuales ha señalado seis muy importantes y que tienen que ver con la deriva, con la evolución de la sociedad en la que vivimos... ¿Qué hacer?

3. TRATAMIENTO: ¿UN "PROTOCOLO DE KIOTO" RELIGIOSO?

Aquí ya me sitúo, naturalmente, desde la perspectiva de alguien que valora la fe cristiana y que considera que el Evangelio de Jesús, incorporado en la propia vida, y los valores del Evangelio, incorporados a la sociedad, no solo no son perjudiciales para la salud, como piensan algunos, sino que son buenos y no tienen efectos secundarios negativos. Cuando hay alguna crucifixión, siempre es dolorosa, pero yo creo que, en realidad el Evangelio es una potencia de transformación del mundo y de las personas en una clave bondadosa, positiva.

- *¿Cuál es el clima espiritual de nuestra época?*

Es la primera cuestión a la hora de hacer el tratamiento porque, si las personas carecen por completo de búsqueda, inquietud, o de ser religiosa, parece absurdo intentar provocar, forzar, violentar a esas personas, dándoles lo que no quieren. ¡Cuántas veces la experiencia de los grupos de la Iglesia es la de contestar preguntas que nadie se hace, dar de comer al que no tiene hambre y dar de beber al que no tiene sed!

¿No hay sed de Dios? ¿Sí la hay? Un proverbio árabe muy bonito dice: *Puedes llevar a tu caballo, incluso a la fuerza, hasta el río; lo que no lograrás es que beba si no tiene sed.*

Este es el punto de partida y aquí las cosas no están claras. Si bien es cierto que muy mayoritariamente, y sobre todo las nuevas generaciones, no parecen mostrar un especial interés por las propuestas religiosas tradicionales y por la Institución eclesial en particular, lo cierto es que vivimos una situación paradójica: la nuestra es una cultura de la satisfacción de gente que está insatisfecha. Digamos que, en un primer momento, cuando a la gente le preguntas qué tal está, te dice que "bien"; sin embargo, si subes con una de esas personas en el ascensor, tienes once pisos por delante, y le vuelves a preguntar si de verdad está bien... si alguno lo ha hecho ya sabe que le espera media hora por delante porque, aparentemente, funcionamos, tenemos cosas, damos pasos... Sin embargo, junto a una satisfacción en un determinado plano de la vida, coexiste sin duda una insatisfacción

bastante profunda en mucha gente. Voy a decirlo de otra manera: ¿Cuánta gente puede decir que la vida que lleva le proporciona la plenitud, la intensidad, la pasión, la alegría que los seres humanos tendemos a buscar? No son tantos. Otra cosa es que uno tenga una vida confortable, tranquila, satisfactoria... de eso hay mucho, aunque ahora con la crisis hay menos y si viene una enfermedad, menos aún.

Esto se expresa, quizás, en el sentido de que hay bastantes personas, en particular entre treinta y más de cuarenta años, que están en actitud de búsqueda y que asisten a encuentros, grupos, terapias, talleres... que leen, que se abren, que viajan... porque llegan a la conclusión de que "esto es lo que va a dar la vida de sí". O no... ¿O hay algunas otras cosas? Tengo un amigo salesiano que dice que la pastoral de juventud dentro de la Iglesia debe comenzar a los 30 años, porque antes la gente anda buscando, dando vueltas... pero llega un momento en que la vida misma se te impone preguntando si ¿esto es o no es? ¿Merece o no merece la pena aquello a lo que te dedicas, o te invade un escepticismo, profundo respecto al fundamento de tu propia vida, de tu existencia?

- *Cuatro problemas básicos: la sed, el agua, la fuente y el manantial*

1- En primer lugar, el que ya hemos venido comentando: ¿Hay sed de felicidad, de plenitud, de salvación? ¿Las personas creen que ellas pueden encontrar, o no, la respuestas a esta sed? ¿Qué puede hacer la comunidad cristiana a este respecto? ¿Cabe suscitar la sed? ¿Cabe plantear que hay sed de los distintos niveles? Son preguntas que dejo en el aire.

2- En segundo lugar, ¿qué nos podemos plantear en nuestra imagen "hidráulica" de la fe? Si entendemos aquí el agua como el mensaje que, quienes tienen experiencia de fe, comunican o transmiten a los que viven con ellos... ¿cómo es ese mensaje?, ¿cómo es esa agua?, ¿fluye, que corre libremente, o es un agua estancada? ¿Es un agua transparente o es un agua turbia? ¿Es un agua que parece que va a saciar la sed, o es un agua rutinaria? Naturalmente, esto nos llevaría al contenido del mensaje que estamos transmitiendo al que, en muy buena medida, le falta frescura, transparencia, capacidad de sintonizar. Lo que podría ocurrir es que personas con cierta "inquietud espiritual", viendo probablemente ciertas aguas, las consideren estancadas y muy poco apetecibles, y busquen otras.

3- La fuente sería esa realidad que canaliza el agua y la aproxima a quien quiere beber. Esta imagen de la fuente nos remite rápidamente a la Institución eclesial. Voy a recordar una imagen que me pareció muy vivida de Mamerto Menapace, un monje argentino, que en un bonito relato, "El pozo y los camellos", dice que, en los países desarrollados y en los países pobres las fuentes son distintas. En los desiertos, las fuentes son muy rústicas, muy simples, muy poco lujosas, pero son buscadas con ansia por la gente que en el desierto tiene muchísima sed y sabe que, encontrarlo no la fuente es cuestión de vida o muerte. ¿Qué ocurre con las fuentes de las grandes ciudades de los países ricos? Ya sabemos que estas fuentes, como ocurre con la de Cibeles y Neptuno, no sirven para apagar la sed sino que sirven para celebrar los éxitos deportivos o para hacer fotos turísticas...

Y así ocurre que las mediaciones religiosas en la actualidad, de ser "fuentes que dan agua a quienes tienen sed", se han convertido en "objetos de museo". Así, las catedrales son visitadas, no sé si por muchos más turistas o por muchos más fieles... Los monjes de Silos venden dos millones de discos de música gregoriana pero, cuando se estudia porqué las compran, no es porque en EEUU haya un florecimiento de la mística, sino que muchos de estos discos los utilizan hasta los ejecutivos de las multinacionales para relajarse antes de las negociaciones... Se puede dudar, pero parece que es cierto. Las exposiciones de las Edades

del Hombre tienen un éxito enorme por la belleza estética... Llegará la Pascua y el "Requiem" de Mozart se escuchará en muchos lugares, y en Navidad habrá conciertos de Gospel pero... ¿Son fuentes que ayudan a los que tienen sed o son objetos de adorno decorativo como muchos de los sacramentos que acompañan y "dan color" a algo que no tiene sustancia religiosa, creyente, que no tiene una experiencia de fondo referida a la fe?

La cuestión es que tenemos fuentes cada vez más bellas pero menos utilizadas, menos prácticas, menos útiles... Por cierto, lo peor sería que la fuente se atorara y no dejara siquiera salir el agua. Desgraciadamente, a veces eso es lo que ocurre o puede ocurrir con nuestra experiencia eclesial que, lejos de ser la Iglesia un medio para potenciar una experiencia, una señal que indica un estímulo, una especie de "invitación a la fiesta", puede convertirse, ella misma, en un obstáculo o en una dificultad.

Los Padres de la Iglesia tenían una imagen muy bonita para hablar de la Iglesia, precisamente, según la cual, la Iglesia no era el sol, sino la luna. El sol, fuente de vida, de luz y de calor, solo era Dios mismo, que es la fuente de nuestra vida, de nuestra luz, de nuestro calor. Pero la Iglesia, en la noche reflejaba esa luz del sol y permitía que los seres humanos pudieran caminar sin tropezar. Es una imagen bellísima; la Iglesia no es la fuente de la luz, sino el reflejo de la luz para nosotros. Sin embargo, no debemos olvidar que, en materias de luna, hay "cuartos crecientes" y "cuartos menguantes" y que, en el peor de los casos puede producirse el eclipse, que es el colmo del desastre porque la luna, en vez de reflejar la luz del sol, se convierte en una pantalla que dificulta la llegada directa de esa luz.

Digo todo esto como los interrogantes que nos tenemos que plantear nosotros, pensando en el futuro y en posibles tratamientos; si no entramos en estas cuestiones de "farmacología", si no tenemos un medicamento adecuado, difícilmente tendrá esto solución y tratamiento para el conjunto de la sociedad

4- El cuarto elemento es el manantial. Para quienes somos creyentes, en el fondo todo procede de una experiencia más honda que nosotros mismos; cuando buscamos, descubrimos que estábamos llamados; y cuando teníamos interrogantes sospechamos que había una huella en nosotros; en definitiva, que si nosotros podemos buscar a Dios es porque él nos buscaba. Puede ocurrir que, si se atasca la fuente, el manantial tenga que manar por otros lugares, y ocurra como en el pueblo de mi mujer, que la fuente oficial está seca y el agua mana espontáneamente por otras zonas. Yo creo que el agua manará por otras zonas y que, sin duda, la experiencia religiosa encontrará formas nuevas y que las personas que buscan encontrarán... vete tú a saber qué, porque no es que nos busque "alguien" que está fuera de nosotros, sino "alguien" que, desde dentro de nosotros mismos nos ayuda a buscarle.

- *El tratamiento que se sigue del diagnóstico propuesto*

Del diagnóstico propuesto con los obstáculos de antes y con esta reflexión "hidráulica" que acabamos de ver, surge un planteamiento para vivir en la Iglesia de otra manera, intentando responder al problema de la sed y de la crisis de Dios; intentando construir experiencia de fraternidad, a pesar de lo difícil que es que la gente se junte; intentando, vivir primero y contar después, que 'hay más alegría en dar que en recibir'; buscando lenguajes que vuelvan a acompasar el Evangelio al idioma común porque los cristianos no estamos llamados a vivir a la moda pero, una cosa es ser "alternativos" —el mensaje cristiano, lo que propone Jesús, es alternativo, mucho más en una sociedad como la nuestra, de capitalismo avanzado- pero eso no tiene por qué ser "anacrónico"; y no es lo mismo ser "anacrónico"

que “alternativo”. Por ello nos toca, a mi modo de ver, evangelizar en el “invierno” y en el “desierto”.

- *Evangelizar en el "invierno" y en el "desierto"*

Llamo “desierto social de la fe” a la falta de apoyos externos a la fe o a esa erosión, como ocurre en el desierto.

Estamos en una situación en la que hemos pasado, de ser creyentes, que era algo natural, obvio y hasta considerado razonablemente bueno, a una situación en la que somos minoría extraña, en la que se percibe a veces, en la experiencia religiosa, connotaciones negativas, y en la que quien tiene que justificarse es quien cree... Cuando yo era pequeña, el que tenía que justificarse de alguna manera, era el que se salía de esta experiencia; las cosas han cambiado completamente.

Llamo “invierno eclesial de la fe” al hecho de que, dentro mismo de la Iglesia hemos tenido graves dificultades para regenerar nuestra experiencia, para actualizarla, modernizarla, y hemos vivido una especie de congelamiento mientras el mundo seguía cambiando aceleradamente hacia otros horizontes.

¿Cuál es la respuesta posible en un clima de invierno y de desierto? Hay dos alternativas:

- Una que es suicida: el “invernadero”, es decir, crear espacios protegidos para especies en extinción, en la que los creyentes puedan defenderse de ataques externos y puedan agruparse, apoyarse, quejarse, lamentarse, protestar y, quizás, enjuiciar y condenar a los demás, viviendo así un submundo aparte. Puede ser que a alguien le consuele y le anime esto, pero yo creo que, a medio o largo plazo, es estéril.

- La otra alternativa es dialogar con la realidad continuamente y sustituir el “invernadero” por el “oasis”. El oasis es un microclima, pero un microclima no protegido, no aislado, no separado; es un microclima abierto en el cual se producen cosas importantes:

En primer lugar, al oasis puede entrar cualquiera, nadie se lo puede prohibir y no hay que pedir el carnet; por lo tanto, es un sitio abierto a todos.

Por otra parte, es un sitio pequeño respecto al desierto, que es mucho más grande; pero esa pequeñez es perfectamente compatible con una gran vitalidad y riqueza y por lo tanto, en ese pequeño oasis se producen algunas cosas que son claves:

Hay un manantial profundo que alimenta todo; digamos que es esa presencia misteriosa de Dios que está como fuente de agua viva debajo de todo.

Hay unas pocas plantas, como ocurre en el desierto, que tienen mucha profundidad y poca altura, a diferencia de la selva en la que las plantas son muy altas, de raíces pequeñas; aunque no sean muchas, esas plantas se prestan el apoyo suficiente, la sombra, la humedad, como para crear un microclima en el que, el que llega al oasis puede descansar, beber agua, tomarse unos dátiles... es decir, puede alimentarse, relajarse, recobrar las fuerzas, pero no para quedarse allí, porque en el oasis no se vive; en el oasis no hay chalets adosados ni urbanizaciones con cámaras de vigilancia... en el oasis se está con tienda de campaña, lo necesario para recuperar las fuerzas y salir al diálogo y al encuentro con cualquiera, incluso en situación de desierto.

Esto supone un cambio muy profundo de mentalidad para los creyentes, para sus comunidades, para la Iglesia... una sensación de minoría, de diáspora, de servicialidad... En estos oasis se produce el apoyo mutuo entre las plantas y el hecho de que hay raíces profundas. No hay futuro alguno si las personas, aunque tengan una cierta experiencia de fe,

no tienen la capacidad de profundizar en sus propias experiencias y echar raíces de vida, de formación, de reflexión personal que sostenga esa experiencia, como creyentes que son, en un clima que no lo favorece y, en una sociedad que anda como loca, necesitada de sitios donde se escuche, se ayude, se acoja... sitios donde se practique la solidaridad, la ternura, porque vivimos en un mundo inhóspito.

4. PRONÓSTICO: RESERVADO. UN EJERCICIO DE "METEOROLOGÍA"

Ya sabemos que los meteorólogos están para equivocarse y, por lo tanto, no sabemos qué va a pasar. Sin embargo, hay algunas convicciones de futuro que son las que voy a expresar en esta parte final de la conferencia.

- *Estoy de acuerdo con Henri Bouland: son "menos cinco"*

Este famoso jesuita de origen egipcio escribió hace pocos años una carta titulada "Son menos cinco". Desde el punto de vista creyente, esta frase es acertadísima; quiere decir que no podemos entretenernos, dejar pasar el tiempo, a ver si pensamos, y dentro de cuatro años empezamos a pensar lo que haremos dentro de ocho... ¡Hace falta reaccionar inmediatamente! Quizás la Iglesia ha tenido el complejo de los dinosaurios que pensaron que, como eran muy gordos, iban a sobrevivir; sin embargo, en la evolución no sobreviven los bichos más gordos necesariamente, sino aquellos que tienen capacidad de dialogar con el entorno, adaptarse y salir adelante.

Ante esta realidad, hay que ponerse urgentemente manos a la obra; no estresadamente ni agobiadamente, pero sí urgentemente. No podemos seguir parados. Creo que esta es la convicción que se produjo con la elección del Papa Francisco; no podemos seguir así, hay que reaccionar de alguna manera.

- *Recordando doblemente a K. Rahner*

Karl Rahner, que dijo todo lo que se puede decir en este mundo cuarenta años que el resto, tiene dos frases que también son luminosas pensando en el futuro.

- La primera, como todo el mundo sabe, es: "en el futuro, los cristianos, o son místicos o no serán cristianos". Rahner entendía por mística, simplemente una vivencia, una experiencia personal, de las que transforman la vida. Voy a decirlo de otra manera: "en el futuro los cristianos están enamorados del Evangelio, aunque sean muy pobres, muy humildes... o, si no tienen esa chispa del enamoramiento, no serán cristianos". Porque hoy, para ser cristiano hay que serlo a contracorriente; en este momento actual, uno no puede serlo por inercia. O te pasa algo bueno y grande, o no seguirás en esto; esto es así.

- La otra frase es: "después de tantos años de recelo de la Iglesia hacia el mundo moderno y su evolución, después de tantos años de inmovilismo, es más arriesgado para la Iglesia seguir haciendo lo que hacía que ensayar cualquier otra cosa diferente". Podemos decir que, si hay un riesgo que nos lleva al desastre seguro, es el riesgo de seguir igual que antes. Por lo tanto, esto nos lleva a una Iglesia -como fue por otra parte la primera- de la prueba y el error; no a una Iglesia de la repetición de lo de siempre como siempre, sino a una Iglesia que ensaya, que prueba, que inventa... que falla.

Recordad las palabras de Francisco: "Prefiero una Iglesia que se equivoca, que mete la pata por hacer algo que una que se enferma por quedarse encerrada." Creo que esto está más claro que el agua.

- *Radicalidad espiritual y valentía renovadora*

Las frases de Rahner se traducen en dos condiciones de posibilidad para el cristianismo en el futuro: Primera, que sea capaz de iniciar a la profundidad espiritual de sus miembros y, segunda, que tenga valentía para renovar sus estructuras y sus lenguajes. Ni lo uno ni lo otro valen solos. Todos conocemos a personas –yo pienso en mis mayores, mis padres, mis abuelos- que tenían una profundísima experiencia, pero estaba formulada en unos moldes que hoy no dicen nada a sus descendientes; una forma de rezar, de celebrar, de creer... que es incompatible con una persona normal de hoy en día.

Por lo tanto, sin experiencia no habrá ni contagio ni futuro pero, sin reforma profunda de los lenguajes y de la Institución, tampoco.

- *El Papa Francisco como "signo de los tiempos"*

En ese sentido, el Papa está siendo un “signo de los tiempos” porque de repente se le entiende. Francisco está llegando a la gente con algo tan extraordinario como es “ser normal”.

Habíamos hecho cosas tan raras que, cuando empezamos a hacer cosas normales, sorprendentemente son las que rompen las barreras: resituarse a la Iglesia en el terreno de la pobreza y la lucha por la justicia; resituarse la fe en el terreno de concebirla sobre todo, como fuente de alegría; aprender a pedir perdón y a que los demás pidan por nosotros; ser austeros en la manera de vivir; solidarizarnos con los débiles...

Estas cosas las entiende todo el mundo; estas cosas forman parte del código de barras del producto del Evangelio; estas cosas son auténticamente evangélicas y, al mismo tiempo, las entiende cualquiera porque mucha gente acaba experimentando lo que dice Francisco en el arranque de su excelente Exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*, donde expone, por una parte lo bueno del Evangelio, pero al mismo tiempo añade lo que supone de alternativa de vida para tanta gente:

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría...

...El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida personal se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.

5. PARA TERMINAR

Creo que estas palabras de Francisco son un diagnóstico excelente. Si a nuestra sociedad le aquejan buena parte de estos achaques o enfermedades, la propuesta del Evangelio consiste precisamente en salir de ese encerramiento en nosotros mismos para descubrir que, curiosamente, “entregando la vida, uno la puede encontrar”.

Hay mucha gente aburrida, hay mucha gente con dependencias, hay gente entreteniéndose, pero hay muy poca gente apasionada. Precisamente el “secreto, la fuente, de la eterna juventud es -como decía Helder Cámara- tener una causa a la que entregar la vida”. Quienes descubren a Jesús, desde luego encuentran una buena causa.

Muchas gracias

